

SECRETOS QUE TURBAN

La historia con Laureano había comenzado en un cálido día otoñal, allá por los años setenta, cuando los hippies llenaban los espacios públicos. Recuerda que ese día tocaban las bandas de rock del pueblo y que había ido con sus amigas, Mariángeles y Lorena. Recostadas sobre el césped, con un vaso de cerveza en una mano y los cigarrillos en la otra cantaban y gritaban emocionadas. Fue ahí donde conoció al hombre más lindo que haya visto, con la sonrisa más pareja y cautivadora, digna de una publicidad de pasta dental, sus ojos de un negro profundo destellaban brillos dorados al tomar contacto con los ojos de Carmen, tímido pero no tanto como para no acercarse y compartir con ella y sus compañeras. Tenía un tono de voz que acariciaba los oídos y también cantaba muy entonado. Era divertido, su risa resonó por toda la plaza durante todo el festejo.

Después de ese recital en plaza San Martín, durante ocho años no se separaron. Él alquilaba una pieza en una pensión, Carmen vivía con sus padres, pero el amor pudo más y decidieron ir a vivir juntos, aun cuando sus padres se opusieron fuertemente y Carmen dejara de verlos, como rebeldía por su falta de apoyo a su decisión.

Laureano no tenía trabajo fijo, vivía de changas que realizaba cuando las ganas le venían al cuerpo, y esto no sucedía muy a menudo. Carmen todavía estudiaba, pero ante las necesidades económicas que estaba pasando, decidió cambiarse a la nocturna y buscarse un trabajo durante el día.

Una noche, viniendo de la escuela, se reunió con su novio en la confitería preferida de ambos, donde él le había declarado su amor; la cara de Carmen no era de felicidad y no hicieron falta muchas palabras, Laureano ya sabía que esa noche era el final de la relación. Quiso a través de promesas, que bien sabía no iba a poder cumplir, hacerla desistir de la decisión pero no era la única vez que prometía en vano, y Carmen estaba cansada de la mala vida que estaba llevando. Del chico divertido, buen mozo y rocanrolero que la había enamorado sólo quedaba un hombre acabado, vago, desalineado y con mal humor.

Carmen volvió a la casa de sus padres que la recibieron con los brazos abiertos, perdonando su mala elección y apuntalándola para que pueda rehacer su vida. Apenas traspasó la puerta de su hogar y abrazó a sus padres con lágrimas en los ojos, les informó que estaba embarazada pero que Laureano no sabía y nunca debía enterarse de que ella llevaba en el vientre un hijo.

Trascurridos los nueve meses Carmen les comunicó a sus padres que no se quedaría con el bebé, que lo daría en adopción, los padres discutieron su decisión, se ofrecieron a criarlo, pero una vez más su hija no les estaba preguntando sino que ya había resuelto algo que sabían sería otra mala decisión. No quiso ponerle nombre al bebé y tampoco pidió verlo. Una vez que el médico le dio el alta volvió al hogar de sus padres pero ya no para quedarse, armó la valija y esta vez se fue sola

y para siempre. Nunca más volvió a su pueblo, ni vio a sus padres y mucho menos supo que había sido de la vida de su bebé y de Laureano.

Uruguay fue el lugar elegido para vivir, nadie la conocía ni de su pasado, no quería que la encontraran, para qué; ya nada la unía a ninguno. Hasta que una mañana, yendo a trabajar bajo una torrencial lluvia que la obligó a resguardarse bajo el alero de una enorme librería, conoció a Manuel; llevaba un paraguas y un perramus azul, zapatos lustrados, traje y corbata, el pelo bien engominado peinado hacia atrás, tenía un aspecto serio y parecía mayor, también se había tenido que resguardar bajo el mismo alero, pues el viento acababa de destrozarle el paraguas.

Sin decir palabras se miraron, él le convidó un cigarrillo.

-Hacía tiempo que no llovía... -dijo Manuel.

-Pues parece que hoy se lloverá todo. -respondió Carmen.

-¿Va lejos de acá?

-Sí -dijo ella- me quedan como tres cuadras. Trabajo en la rotisería de Don Julián.

-Sí, la conozco muy bien.

-Trabajó usted ahí... -dijo tímidamente Carmen pensando que estaba indagando demasiado en la vida de un extraño.

-Trabajar, precisamente no, pero el dueño es mi padre.

- Entonces usted es...

-Manuel Ludueña. -respondió mientras tendía su mano a modo de saludo. Ella tomó la mano que se tendía amigable y se presentó también.

-Carmen Alonso, encantada...

-¿Usted no es de estos pagos, verdad?

-No, vengo de Argentina.

-Y ¿por qué dejó su país, si se me permite la pregunta?

-Es una larga historia de la que preferiría no hablar.

-Parece que está parando la lluvia.

-Sí, es mejor que me apure antes que vuelva a largarse fuerte, ya estoy llegando tarde y a su padre, perdón, a don Julián no le gustan las empleadas impuntuales.

-Sí, sé perfectamente de qué habla... -dijo esbozando una media sonrisa.

Carmen salió de debajo del toldo y emprendió su marcha cuando Manuel la tomó del brazo, le entregó una tarjeta mientras le decía: "me gustaría volver a

verla". Carmen, recogió la tarjeta, la guardó en su sobretodo y mirando al piso ruborizada le dijo: "yo lo llamo". Buenos días.

La primera cita fue al cine, luego vinieron las cenas, los paseos por el bosque, a las ferias de antigüedades y más cenas y más cines, hasta que pasado el tiempo Manuel le pidió que se casara con él y ella dijo que sí. La boda fue muy sencilla, sólo asistieron amigos íntimos y familia. La de Carmen estuvo ausente, nunca los invitó.

Carmen y Manuel tuvieron un matrimonio tranquilo, su marido era una persona seria, y muy reservado en sus opiniones, no era muy demostrativo con los besos y abrazos, pero a Carmen no le importaba pues le daba lo que ella necesitaba en esta etapa de su vida, calma y respeto a esos secretos que ella tenía para con él y que todavía no estaba preparada para contarle.

Apenas amanecía y Carmen ya había empezado a barrer la vereda. Seguía nerviosa, el sueño que la inquietó pasada la medianoche no dejaba de insistir en sus pensamientos. Todavía no había podido contárselo a su marido, que fiel a las costumbres, estaba en la cocina haciendo las tostadas que compartirían en unos minutos.

Se preguntaba, -mientras veía cómo don Carlos abría su negocio- por qué habría soñado con esa persona tan lejana en su vida, ya nada los unía, había pasado tanto tiempo... Entonces recordó que el día anterior había estado ordenando los roperos de la pieza de servicio, moviendo libros y carpetas viejas que no sabía por qué se empeñaba en guardar, y que cayeron fotos de un tiempo feliz; si bien es cierto que con su marido las cosas estaban muy bien, nunca fue auténticamente feliz como lo había sido con Laureano. Y esas fotos lo reflejaban.

Tiempo después de ese sueño inquietante, todo transcurría normal en la casa del matrimonio Ludueña-Alonso, hasta el día que sonó el teléfono. Carmen estaba sola, Manuel había ido hasta la despensa de don Carlos, una voz del otro lado de la línea trajo todo el pasado de su vida al presente. El muchacho que hablaba desde Argentina dijo llamarse Sebastián Luque, decía que había sido adoptado, que era feliz, pero necesitaba encontrarse con sus raíces y quería conocer a su madre biológica y rastreando y preguntando había llegado hasta Carmen, su madre y ahora la estaba llamando para que se encontraran. Dijo que estaba en Uruguay con su abuelo, le pasó la dirección del hotel y el número de su teléfono para que lo llamara y coordinaran dónde y cuándo verse. Dijo también que no se iba a quedar mucho tiempo, tenía que volver a estudiar, cursaba el último año de ingeniería.

Del otro lado de la línea se hizo un silencio muy profundo y una respuesta lacónica diciendo... equivocado.

A partir de esa llamada y del sueño que había tenido con Laureano, la tranquilidad que sentía en su espíritu desapareció, bajo la mirada asombrada de su esposo, que sólo se limitaba a abrazarla y decirle “estoy cuando necesites de mí”.

Fue un sábado, mientras Manuel cortaba el césped del frente de la casa y Carmen cocinaba para los invitados que tendría en la cena, que apareció en la puerta un joven que no tendría más de veintiún años, alto, cabellos oscuros, ojos vibrantes, una sonrisa hermosa y pareja, un tono de voz agradable y susurrante. Preguntó por Carmen Alonso, Manuel la llamó, ella salió sin esperar lo que iba a ver. Era la viva imagen de Laureano...

-Disculpe que la moleste, pero necesitaba hablar con usted.

-¿Nos conocemos? -dijo nerviosamente Carmen.

-No -dijo el muchacho, con voz queda y triste- pero necesitaba hacerlo, saber de usted y preguntarle ¿por qué?

Manuel miraba a uno y a otro pero fiel a su estilo siguió cortando el césped sin entrometerse en lo que parecía, a juzgar por la cara de su mujer, un tema delicado y privado entre ambos.

-¿Disculpe? ¿Por qué qué? No entiendo su pregunta joven.

-¿Por qué me abandonó? ¿Nunca tuvo interés en saber qué había sido de mí? Si había sido adoptado por una buena familia, si fui o soy feliz, si mi nueva familia me supo dar lo que usted deseaba para mí.

Manuel desenchufó la máquina, tomó a Carmen por los hombros, abrazándola e invitó al muchacho a entrar a la casa. Lo que se estaba hablando en la puerta de su casa era un tema muy profundo, sensible y privado para que cualquiera que pasase pudiera escucharlo.

Carmen lo miró a Manuel, en su rostro y en sus ojos había vergüenza, temor, súplica. En el rostro de Manuel en cambio sólo había dulzura y comprensión. Todos entraron a la casa. Carmen preparó café. El muchacho y ella hablaron por mucho, mucho, tiempo. La noche los sorprendió y el joven excusándose por la hora se levantó, abrazó a la mujer que lo trajo al mundo, extendió la mano a Manuel agradeciéndole el tiempo cedido y se marchó. Carmen con lágrimas en los ojos vio salir a Laureano por la puerta de su casa... sus manos temblaban y se restregaban sobre el delantal, su cabeza daba vueltas trayendo todo lo que por años se había esforzado en borrar, miró a Manuel y sólo salió de su boca una palabra “perdón”. Manuel se levantó, la abrazó, y le respondió dos palabras: “te amo”.